



Nathaniel Hawthorne

El Joven
Goodman Brown



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL JOVEN GOODMAN BROWN

NATHANIEL HAWTHORNE

**PUBLICADO: 1835
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL JOVEN GOODMAN BROWN

El joven Goodman Brown salió a la calle de la aldea de Salem al ponerse el sol; pero, tras cruzar el umbral, echó la cabeza hacia atrás para cambiar un beso de despedida con su joven esposa. Y Fe, pues con tal acierto se llamaba la mujer, asomó su linda cabeza a la calle, dejando que el viento jugara con las cintas rosadas de su cofia mientras llamaba a Goodman Brown.

—Esposo del alma —susurró ella, dulce y un tanto tristemente, cuando sus labios estuvieron junto al oído de él—, te lo ruego, aplaza tu viaje hasta el amanecer y duerme esta noche en tu propia cama. A una mujer sola la atormentan tales sueños y tales pensamientos que a veces hasta de sí misma tiene miedo. Te ruego que te quedes conmigo esta noche, querido esposo, entre todas las del año.

—Mi amor y mi Fe —respondió el joven Goodman Brown—, entre todas las noches del año, precisamente esta debo pasarla lejos de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, de ida y vuelta, ha de cumplirse sin falta entre ahora y el amanecer. ¿Cómo, mi dulce y linda esposa, ya dudas de mí, y eso que no llevamos casados sino tres meses?

—¡Que Dios te bendiga, entonces! —dijo Fe, la de las cintas rosadas—; y ojalá lo halles todo en paz cuando regreses.

—¡Amén! —exclamó Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Fe, y acuéstate al anochecer, que ningún mal te alcanzará.

Así se separaron; y el joven prosiguió su camino hasta que, a punto de doblar la esquina junto a la casa de reunión, miró atrás y vio la cabeza de Fe

que aún lo seguía con la mirada, con aire melancólico, a pesar de sus cintas rosadas.

«¡Pobre Fe mía! —pensó, pues el corazón le dio un vuelco—. ¡Qué miserable soy al dejarla por semejante recado! También ella habla de sueños. Me pareció que, al hablar, había turbación en su rostro, como si un sueño le hubiera advertido qué labor ha de cumplirse esta noche. Pero no, no; la mataría pensarlo. En fin, es un ángel bendito en la tierra; y, pasada esta única noche, me aferraré a sus faldas y la seguiré al cielo.»

Con esta excelente resolución para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para apresurar el paso en su presente y aviesa empresa. Había tomado un camino lúgubre, ensombrecido por los árboles más sombríos del bosque, que apenas se apartaban para dejar pasar el angosto sendero y se cerraban en seguida tras él. Todo era cuanto cabía de solitario; y hay esta particularidad en semejante soledad: que el viajero ignora quién pueda ocultarse tras los innumerables troncos y la espesa techumbre de ramas; de modo que, con pasos solitarios, bien puede ir atravesando una invisible multitud.

—Puede haber un indio endiabrado tras cada árbol —se dijo Goodman Brown; y, mirando con temor a su espalda, añadió—: ¡Y si el mismísimo diablo estuviera junto a mi codo!

Como tenía la cabeza vuelta hacia atrás, salvó un recodo del camino y, al mirar de nuevo hacia delante, divisó la figura de un hombre, de atuendo grave y decoroso, sentado al pie de un viejo árbol. Este se levantó al acercarse Goodman Brown y echó a andar a su lado.

—Llegas tarde, Goodman Brown —dijo—. El reloj de la Old South daba la hora cuando crucé Boston, y de eso hace ya quince minutos largos.

—Fe me retuvo un rato —respondió el joven, con un temblor en la voz, provocado por la súbita aparición de su acompañante, aunque no del todo inesperada.

Era ya entrada la oscuridad en el bosque, y más densa aún en aquella parte por donde caminaban los dos. Hasta donde podía discernirse, el segundo viajero rondaba los cincuenta años, al parecer de la misma condición que Goodman Brown, y guardaba con él un parecido considerable, más quizá en la expresión que en las facciones. Aun así, podrían haberlos tomado por pa-

dre e hijo. Y, con todo, aunque el de más edad iba tan sencillamente vestido como el joven, y era tan llano en sus maneras, tenía un aire indescriptible de quien conoce el mundo, y a quien no habría azorado sentarse a la mesa del gobernador ni en la corte del rey Guillermo, si sus asuntos lo hubieran llamado allá. Pero lo único en él que podía fijarse como notable era su bastón, que tenía la forma de una gran serpiente negra, tan curiosamente labrada que casi se la veía retorcerse y serpentear como una sierpe viva. Esto, por supuesto, debía de ser un engaño de la vista, favorecido por la luz incierta.

—Vamos, Goodman Brown —exclamó su compañero de viaje—, este paso es muy desganado para el comienzo de un viaje. Toma mi bastón, si tan pronto te cansas.

—Amigo —dijo el otro, trocando su lento paso por una parada en seco—, habiendo cumplido el pacto de encontrarme aquí contigo, es ahora mi propósito volverme por donde he venido. Tengo escrúpulos acerca del asunto que tú sabes.

—¿Conque eso dices? —repuso el de la serpiente, sonriendo para sus adentros—. Sigamos andando, sin embargo, razonando por el camino; y si no logro convencerte, podrás volverte atrás. Apenas nos hemos internado en el bosque.

—¡Demasiado lejos! ¡Demasiado lejos! —exclamó el buen hombre, reanudando inconscientemente la marcha—. Mi padre jamás se adentró en estos bosques por semejante recado, ni el padre del suyo antes que él. Hemos sido una estirpe de hombres honrados y buenos cristianos desde los días de los mártires; ¿y voy a ser yo el primero del apellido Brown que tome este sendero y guarde...?

—Tal compañía, querrás decir —observó el de más edad, interpretando su pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! He tratado a tu familia tan de cerca como a cualquiera de entre los puritanos; y no es poco decir. Ayudé a tu abuelo, el alguacil, cuando azotó tan recio a aquella cuáquera por las calles de Salem; y fui yo quien llevó a tu padre un tizón de pino resinoso, encendido en mi propio hogar, para prender fuego a una aldea india en la guerra del rey Felipe. Buenos amigos míos fueron ambos; y muchos gratos paseos hemos dado por este sendero, regresando alegres pasada la medianoche. De buena gana sería amigo tuyo en consideración a ellos.

—Si es como dices —replicó Goodman Brown—, me maravilla que nunca hablaran de estos asuntos; o, en verdad, no me maravilla, viendo que el menor rumor de tal índole los habría expulsado de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración, y de buenas obras por añadidura, y no toleramos tanta maldad.

—Maldad o no —dijo el viajero del bastón retorcido—, tengo muy amplio conocimiento aquí, en Nueva Inglaterra. Los diáconos de no pocas iglesias han bebido conmigo el vino de la comunión; los regidores de diversas villas me nombran su presidente; y la mayoría del Gran y General Tribunal son firmes partidarios de mi causa. También el gobernador y yo... Pero estos son secretos de Estado.

—¿Es posible que sea así? —exclamó Goodman Brown, clavando una mirada de asombro en su impertérrito compañero—. Sea como fuere, yo nada tengo que ver con el gobernador y el consejo; ellos tienen sus propios modos, y no son norma para un sencillo labrador como yo. Pero, si siguiera contigo, ¿cómo iba yo a sostener la mirada de aquel buen anciano, nuestro pastor, en la aldea de Salem? Ay, su voz me haría temblar tanto en día de sabbath como en día de lectura.

Hasta entonces el viajero de más edad había escuchado con la debida gravedad; pero ahora prorrumpió en un acceso de irreprimible regocijo, sacudiéndose con tal violencia que su bastón en forma de serpiente pareció de veras retorcerse al compás.

—¡Ja, ja, ja! —gritaba una y otra vez; luego, recobrando la compostura—: Bien, sigue, Goodman Brown, sigue; pero, te lo ruego, no me mates de risa.

—Pues bien, para zanjar el asunto de una vez —dijo Goodman Brown, bastante picado—, está mi mujer, Fe. Le partiría su tierno corazoncito; y antes me partiría yo el mío.

—No, si ese es el caso —respondió el otro—, sigue tu camino, Goodman Brown. Ni por veinte viejas como la que renquea ahí delante quisiera yo que a Fe le ocurriese mal alguno.

Mientras hablaba, apuntó con su bastón a una figura femenina que iba por el sendero, en la que Goodman Brown reconoció a una dama muy piadosa y

ejemplar, que de joven le había enseñado el catecismo, y seguía siendo su consejera moral y espiritual, junto con el pastor y el diácono Gookin.

—Cosa maravillosa es, en verdad, que Goody Cloyse ande tan adentro de la espesura al caer la noche —dijo—. Pero, con tu permiso, amigo, voy a atajar por el bosque hasta que dejemos atrás a esta cristiana. Como tú le eres un desconocido, podría preguntar con quién iba yo y adónde me dirigía.

—Sea —dijo su compañero de viaje—. Échate al bosque, y déjame a mí el sendero.

Conforme a ello, el joven se apartó, pero cuidó de vigilar a su acompañante, que avanzó suavemente por el camino hasta ponerse a un palmo de la vieja dama. Esta, entretanto, iba a su paso lo más aprisa que podía, con singular ligereza para mujer tan anciana, mascullando unas palabras indistintas —una oración, sin duda— mientras caminaba. El viajero alargó su bastón y le tocó el marchito cuello con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El diablo! —chilló la piadosa anciana.

—¿Conque Goody Cloyse reconoce a su viejo amigo? —observó el viajero, plantándose ante ella y apoyándose en su retorcido palo.

—Ay, ¡a fe que sí! ¿Sois de veras vuestra merced? —exclamó la buena dama—. Sí, en verdad lo sois, y en la mismísima imagen de mi viejo compadre Goodman Brown, el abuelo del bobalicón que ahora corre por ahí. Pero... ¿creería vuestra merced?... mi palo de escoba ha desaparecido de un modo extraño, robado, según sospecho, por esa bruja sin ahorcar, Goody Cory, y eso, además, cuando estaba yo toda untada con jugo de apio palustre, de cincoenrama y de acónito.

—Mezclados con flor de trigo y la grasa de un recién nacido —dijo la figura del viejo Goodman Brown.

—Ah, vuestra merced conoce la receta —exclamó la vieja, cacareando a voces—. Conque, como iba diciendo, dispuesta ya para la reunión y sin caballo en que ir, decidí hacerlo a pie; pues me dicen que esta noche han de admitir en comunión a un buen mozo. Pero ahora vuestra buena merced me prestará el brazo, y allá estaremos en un santiamén.

—Difícilmente podrá ser —respondió su amigo—. No puedo ofrecerte el brazo, Goody Cloyse; pero aquí tienes mi bastón, si quieres.

Dicho esto, lo arrojó a sus pies, donde acaso cobró vida, siendo una de las varas que su dueño había prestado antaño a los magos de Egipto. De este hecho, sin embargo, no pudo Goodman Brown percatarse. Había alzado los ojos de asombro y, al bajarlos de nuevo, no vio ni a Goody Cloyse ni al serpentino bastón, sino a su compañero de viaje, a solas, que lo aguardaba con tanta calma como si nada hubiese ocurrido.

— Aquella vieja me enseñó el catecismo — dijo el joven; y había un mundo de significado en este sencillo comentario.

Siguieron andando, mientras el viajero de más edad exhortaba a su compañero a apretar el paso y perseverar en el sendero, discurrendo con tal acierto que sus argumentos parecían brotar más bien en el pecho de quien lo escuchaba que sugeridos por él mismo. Según iban, arrancó una rama de arce para que le sirviera de bastón, y empezó a despojarla de las ramillas y bracillos, húmedos por el rocío del atardecer. En cuanto sus dedos los tocaban, se marchitaban de un modo extraño y se secaban como tras una semana de sol. Así avanzó la pareja, a buen paso suelto, hasta que, de pronto, en una sombría hondonada del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

— Amigo — dijo, obstinado —, mi decisión está tomada. Ni un paso más daré en este recado. ¿Qué importa que una desdichada vieja elija irse al diablo cuando yo la creía camino del cielo? ¿Es eso razón para que abandone a mi querida Fe y vaya en pos de ella?

— Pensarás mejor sobre esto dentro de poco — dijo su conocido, sosegado —. Siéntate aquí y descansa un rato; y cuando te entren ganas de moverte de nuevo, ahí tienes mi bastón para ayudarte.

Sin más palabras, le arrojó a su compañero el palo de arce, y se perdió de vista con tanta presteza como si se hubiera desvanecido en las sombras cada vez más densas. El joven permaneció unos instantes sentado al borde del camino, aplaudiéndose grandemente, y pensando con qué limpia conciencia se encontraría con el pastor en su paseo matinal, sin rehuir la mirada del buen y anciano diácono Gookin. ¡Y qué apacible sueño sería el suyo aquella misma noche, que había de pasarse de modo tan perverso, pero que ahora pasaría tan pura y dulcemente en brazos de Fe! En medio de estas gratas y loables meditaciones, Goodman Brown oyó el trote de unos caballos por el camino y juzgó prudente ocultarse al borde del bosque, consciente del cul-

pable propósito que allí lo había llevado, aunque ahora tan felizmente desechado.

Más cerca venían el trote de los cascos y las voces de los jinetes, dos graves voces de ancianos que conversaban con sobriedad a medida que se acercaban. Aquellos sonidos mezclados parecían pasar por el camino, a pocos pasos del escondite del joven; pero, sin duda por lo denso de la oscuridad en aquel punto preciso, ni los viajeros ni sus monturas se hacían visibles. Aunque sus figuras rozaban las ramillas del borde del camino, no se veía que interceptaran, ni por un instante, el tenue resplandor de la franja de cielo claro que debían de estar cruzando. Goodman Brown ora se agachaba, ora se ponía de puntillas, apartando las ramas y asomando la cabeza cuanto osaba, sin distinguir siquiera una sombra. Tanto más le irritaba esto cuanto que habría podido jurar, de ser tal cosa posible, que reconocía las voces del pastor y del diácono Gookin, que trotaban tranquilamente, como solían, cuando iban camino de alguna ordenación o concilio eclesiástico. Aún al alcance del oído, uno de los jinetes se detuvo a arrancar una vara.

—De las dos cosas, reverendo señor —dijo la voz semejante a la del diácono—, preferiría perderme una cena de ordenación antes que la reunión de esta noche. Me dicen que algunos de los nuestros vendrán desde Falmouth y más allá, y otros desde Connecticut y Rhode Island, amén de varios de los hechiceros indios, que, a su manera, saben de diabluras casi tanto como el mejor de nosotros. Además, ha de admitirse en comunión a una buena moza.

—¡Muy bien, diácono Gookin! —repuso el solemne y anciano timbre del pastor—. Espolee, o llegaremos tarde. Nada puede hacerse, ya lo sabe, hasta que yo esté en el lugar.

Volvieron a resonar los cascos; y las voces, hablando tan extrañamente en el aire vacío, pasaron a través del bosque, donde jamás se había congregado iglesia alguna ni rezado cristiano solitario. ¿Adónde, pues, podían encaminarse aquellos santos varones tan adentro de la pagana espesura? El joven Goodman Brown se aferró a un árbol en busca de apoyo, próximo a desplomarse en el suelo, desfallecido y abrumado por el pesado malestar de su corazón. Alzó la vista al cielo, dudando de si de veras había un cielo sobre él. Y sin embargo allí estaba el azul firmamento, y las estrellas brillando en él.

—¡Con el cielo en lo alto y Fe abajo, aún me mantendré firme contra el diablo! —exclamó Goodman Brown.

Mientras aún miraba hacia arriba, a la honda bóveda del firmamento, y había alzado las manos para orar, una nube, aunque no soplaba viento alguno, cruzó presurosa el cenit y ocultó las estrellas que empezaban a brillar. El cielo azul seguía visible, salvo justo encima, donde aquella negra masa de nube barría veloz hacia el norte. En lo alto del aire, como desde las honduras de la nube, llegó un confuso y dudoso rumor de voces. Una vez creyó el que escuchaba que podía distinguir los acentos de gentes de su propia aldea, hombres y mujeres, tanto piadosos como impíos, a muchos de los cuales había hallado en la mesa de la comunión, mientras que a otros los había visto desmandarse en la taberna. Al instante siguiente, tan indistintos eran los sonidos, dudó de si había oído algo más que el murmullo del viejo bosque, susurrando sin viento. Luego vino una oleada más recia de aquellos timbres familiares, oídos a diario al sol de la aldea de Salem, pero jamás hasta entonces desde una nube nocturna. Había una voz de mujer joven, que profería lamentos, con una pena, sin embargo, incierta, e imploraba algún favor que acaso le doliera obtener; y toda la invisible multitud, santos y pecadores por igual, parecía animarla a seguir adelante.

—¡Fe! —gritó Goodman Brown, con voz de agonía y desesperación; y los ecos del bosque se burlaron de él, clamando: «¡Fe! ¡Fe!», como si unos miserables enloquecidos la buscaran por toda la espesura.

El grito de dolor, ira y terror aún horadaba la noche, cuando el infeliz esposo contuvo el aliento en espera de una respuesta. Hubo un chillido, ahogado en el acto por un murmullo más fuerte de voces, que se diluía en risas lejanas, mientras la oscura nube se alejaba, dejando el cielo despejado y silencioso sobre Goodman Brown. Pero algo descendió revoloteando levemente por el aire y se prendió en la rama de un árbol. El joven lo asió, y vio una cinta rosada.

—¡Mi Fe se ha perdido! —exclamó, tras un instante de estupor—. No hay bondad en la tierra; y el pecado no es más que un nombre. ¡Ven, diablo, pues a ti te ha sido dado este mundo!

Y, enloquecido de desesperación, hasta el punto de reír largo y recio, Goodman Brown empuñó su bastón y echó a andar de nuevo, a tal ritmo que más parecía volar por el sendero del bosque que caminar o correr. El

camino se tornó más agreste, más lúgubre y más débilmente trazado, y se desvaneció al fin, dejándolo en el corazón de la oscura espesura, lanzándose aún hacia delante con el instinto que guía al hombre mortal hacia el mal. Todo el bosque estaba poblado de sonidos espantosos: el crujir de los árboles, el aullido de las fieras y el alarido de los indios; mientras a veces el viento doblaba como una lejana campana de iglesia, y otras lanzaba un ancho rugido en torno al viajero, como si la Naturaleza entera se riera de él con desprecio. Pero él mismo era el principal horror de la escena, y no se arredraba ante sus otros horrores.

—¡Ja, ja, ja! —rugió Goodman Brown cuando el viento se rio de él—.

Veamos quién ríe más fuerte. No penséis asustarme con vuestras diabluras. Venga la bruja, venga el hechicero, venga el brujo indio, venga el mismísimo diablo, y aquí llega Goodman Brown. Tanto puede él temeros a vosotros como vosotros a él.

En verdad, por todo el bosque embrujado nada podía haber más espantoso que la figura de Goodman Brown. Volaba entre los negros pinos, blandiendo su bastón con gestos frenéticos, ya dando rienda suelta a una inspiración de horrenda blasfemia, ya prorrumpiendo en tales carcajadas que ponían a reír como demonios a todos los ecos del bosque a su alrededor. El maligno, en su propia forma, es menos espantoso que cuando se enfurece en el pecho del hombre. Así corría el endemoniado en su carrera, hasta que, temblando entre los árboles, vio ante sí una luz roja, como cuando los troncos talados y las ramas de un claro arden y lanzan su lívido resplandor contra el cielo a la hora de la medianoche. Se detuvo, en una calma de la tempestad que lo había empujado hacia delante, y oyó la oleada de lo que parecía un himno, rodando solemnemente desde lejos con el peso de muchas voces. Conocía la tonada; era una de las habituales en el coro de la casa de reunión de la aldea. El verso se apagó pesadamente, prolongado por un coro, no de voces humanas, sino de todos los sonidos de la tenebrosa espesura repicando juntos en horrenda armonía. Goodman Brown lanzó un grito, y su grito se perdió a su propio oído al fundirse al unísono con el grito del yermo.

En el intervalo de silencio se deslizó hacia delante hasta que la luz le dio de lleno en los ojos. En un extremo de un espacio abierto, cercado por el oscuro muro del bosque, se alzaba una roca que guardaba cierta tosca y natu-

ral semejanza con un altar o un púlpito, rodeada de cuatro pinos en llamas, ardiendo sus copas pero intactos sus troncos, como cirios en una reunión vespertina. La masa de follaje que había crecido sobre la cima de la roca estaba toda en fuego, ardiendo alta en la noche e iluminando a ráfagas todo el campo. Cada ramilla colgante y cada festón de hojas era una llama. Según subía y bajaba la luz roja, una numerosa congregación ora resplandecía, ora se desvanecía en la sombra, y de nuevo surgía, por así decir, de la oscuridad, poblando de golpe el corazón de los solitarios bosques.

—Una compañía grave y de oscuras ropas —dijo Goodman Brown.

Y, en verdad, tales eran. Entre ellos, temblando de acá para allá entre la penumbra y el esplendor, aparecían rostros que al día siguiente se verían en la junta del consejo de la provincia, y otros que, sabbath tras sabbath, miraban devotamente al cielo y con benignidad sobre los atestados bancos, desde los más santos púlpitos del país. Algunos afirman que la dama del gobernador estaba allí. Cuando menos, había damas de alcurnia bien conocidas suyas, y esposas de honrados maridos, y viudas en gran multitud, y solteronas de antaño, todas de excelente reputación, y bellas mozuelas que temblaban no fuera a verlas su madre. O bien los súbitos destellos de luz que cruzaban el oscuro campo deslumbraban a Goodman Brown, o reconoció a una veintena de los miembros de la iglesia de la aldea de Salem famosos por su particular santidad. El buen y anciano diácono Gookin había llegado y aguardaba a las faldas de aquel venerable santo, su reverenciado pastor. Pero, alternando irreverentemente con estas gentes graves, respetables y piadosas, con estos ancianos de la iglesia, estas castas damas y estas vírgenes lozanas, había hombres de vida disoluta y mujeres de reputación manchada, miserables entregados a todo vicio bajo e inmundo, y hasta sospechosos de horrendos crímenes. Era extraño ver que los buenos no rehuían a los malvados, ni los pecadores se azoraban ante los santos. Esparcidos también entre sus enemigos de pálido rostro estaban los sacerdotes indios, o hechiceros, que a menudo habían aterrado su bosque nativo con encantamientos más espantosos que cualesquiera conocidos por la brujería inglesa.

—Pero ¿dónde está Fe? —pensó Goodman Brown; y, al asomar la esperanza a su corazón, tembló.

Se alzó otro verso del himno, una tonada lenta y lúgubre, de las que aman los piadosos, pero unida a palabras que expresaban cuanto nuestra naturale-

za puede concebir de pecado, y aludían oscuramente a mucho más. Insondable para los simples mortales es el saber de los demonios. Verso tras verso se cantó; y aún el coro del yermo se hinchaba entre uno y otro como la nota más grave de un órgano poderoso; y con el último repique de aquel terrible himno llegó un sonido, como si el viento rugiente, los torrentes precipitados, las fieras aulladoras y todas las demás voces de la desconcertada espesura se mezclaran y concordaran con la voz del hombre culpable en homenaje al príncipe de todos. Los cuatro pinos ardientes lanzaron una llama más alta, y descubrieron oscuramente formas y rostros de horror en las volutas de humo sobre la impía asamblea. En ese mismo instante el fuego de la roca brotó rojizo y formó un arco encendido sobre su base, donde apareció entonces una figura. Dígase con reverencia: la figura guardaba no leve semejanza, tanto en el atuendo como en el porte, con algún grave clérigo de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—¡Traed a los conversos! —clamó una voz que retumbó por el campo y rodó hacia el bosque.

Ante aquella palabra, Goodman Brown salió de la sombra de los árboles y se acercó a la congregación, con la que sentía una repugnante hermandad por la simpatía de cuanto de perverso había en su corazón. Casi habría podido jurar que la forma de su propio padre muerto le hacía señas para que avanzara, mirándolo desde una voluta de humo, mientras una mujer, de borrosas facciones de desesperación, tendía la mano para advertirle que retrocediera. ¿Era su madre? Pero no tuvo poder para retroceder ni un paso, ni para resistir, siquiera en el pensamiento, cuando el pastor y el buen y anciano diácono Gookin lo asieron de los brazos y lo condujeron a la roca en llamas. Allí acudió también la esbelta figura de una mujer velada, llevada entre Goody Cloyse, aquella piadosa maestra de catecismo, y Martha Carrier, que había recibido la promesa del diablo de ser reina del infierno. Una arpía desenfrenada era ella. Y allí quedaron los prosélitos bajo el dosel de fuego.

—Bienvenidos, hijos míos —dijo la oscura figura—, a la comunión de vuestra raza. Tan jóvenes habéis hallado vuestra naturaleza y vuestro destino. Hijos míos, ¡mirad tras de vosotros!

Se volvieron; y, fulgurando como en una sábana de llamas, se vio a los adoradores del demonio; la sonrisa de bienvenida relucía sombría en cada

semblante.

— Ahí — prosiguió la forma negra — están todos aquellos a quienes habéis venerado desde la niñez. Los teníais por más santos que vosotros, y rehuíais vuestro propio pecado, contrastándolo con sus vidas de rectitud y sus piadosos anhelos hacia el cielo. Y, sin embargo, aquí están todos en mi asamblea de adoradores. Esta noche se os concederá conocer sus actos secretos: cómo ancianos de la iglesia, de canosa barba, han susurrado palabras lascivas a las jóvenes doncellas de sus casas; cómo más de una mujer, ansiosa por vestir tocas de viuda, ha dado a su marido un brebaje a la hora de acostarse y lo ha dejado dormir su último sueño en su seno; cómo imberbes mozalbetes se han apresurado a heredar la fortuna de sus padres; y cómo bellas doncellas — no os ruboricéis, dulces criaturas — han cavado pequeñas tumbas en el jardín y me han invitado a mí, único huésped, al funeral de un niño. Por la simpatía de vuestros corazones humanos hacia el pecado, husmearéis todos los lugares — ya sea en la iglesia, en la alcoba, en la calle, en el campo o en el bosque — donde se haya cometido un crimen, y os regocijaréis al contemplar la tierra entera como una sola mancha de culpa, una sola y enorme salpicadura de sangre. Mucho más que eso. Será vuestro penetrar, en cada pecho, el hondo misterio del pecado, fuente de todas las artes perversas, que provee inagotablemente más impulsos de maldad que cuantos el poder humano — que cuantos mi propio poder en su grado máximo — pueda manifestar en obras. Y ahora, hijos míos, miraos el uno al otro.

Así lo hicieron; y, al fulgor de las antorchas encendidas en el infierno, el desdichado contempló a su Fe, y la esposa a su esposo, temblando ante aquel altar impío.

— He aquí donde estáis, hijos míos — dijo la figura, en un tono hondo y solemne, casi triste en su desesperada espantosidad, como si su otrora angelica naturaleza pudiera aún lamentarse por nuestra mísera raza —. Confian-do en el corazón uno del otro, habíais abrigado todavía la esperanza de que la virtud no fuera por entero un sueño. Ahora estáis desengañados. El mal es la naturaleza del género humano. El mal ha de ser vuestra única dicha. Bienvenidos de nuevo, hijos míos, a la comunión de vuestra raza.

— Bienvenidos — repitieron los adoradores del demonio, en un solo grito de desesperación y triunfo.

Y allí quedaron, la única pareja, al parecer, que aún vacilaba al borde de la maldad en aquel oscuro mundo. Había en la roca una cuenca, ahuecada de forma natural. ¿Contenía agua, enrojecida por la lívida luz?, ¿o era sangre?, ¿o, acaso, una llama líquida? En ella hundió la mano la forma del mal y se dispuso a imponer en sus frentes la marca del bautismo, para que fueran partícipes del misterio del pecado, más conscientes de la culpa secreta de los demás, tanto en obra como en pensamiento, de lo que ahora podían serlo de la suya propia. El esposo lanzó una mirada a su pálida mujer, y Fe a él. ¡Qué corrompidos miserables les mostraría la siguiente mirada el uno al otro, estremeciéndose por igual ante lo que revelaban y ante lo que veían!

— ¡Fe! ¡Fe! — gritó el esposo —, alza la vista al cielo y resiste al maligno.

Si Fe obedeció, no lo supo él. Apenas había hablado cuando se halló en medio de la noche serena y la soledad, escuchando un rugido del viento que se apagaba pesadamente por el bosque. Se tambaleó contra la roca y la sintió fría y húmeda; mientras una ramilla colgante, que había estado toda en llamas, le salpicó la mejilla con el más frío rocío.

A la mañana siguiente, el joven Goodman Brown entró despacio en la calle de la aldea de Salem, mirando en torno suyo como un hombre aturdido. El buen y anciano pastor daba un paseo a lo largo del cementerio para abrir el apetito antes del desayuno y meditar su sermón, y, al pasar, dio su bendición a Goodman Brown. Este rehuyó al venerable santo como para esquivar un anatema. El viejo diácono Gookin estaba en sus rezos domésticos, y las santas palabras de su oración se oían por la ventana abierta. «¿A qué Dios reza el hechicero?», dijo Goodman Brown. Goody Cloyse, aquella excelente y vieja cristiana, estaba al sol temprano junto a su celosía, catequizando a una niña que le había traído una pinta de leche de la mañana. Goodman Brown arrancó a la criatura como de las garras del mismísimo demonio. Al doblar la esquina junto a la casa de reunión, divisó la cabeza de Fe, con las cintas rosadas, que oteaba ansiosa hacia fuera, y que estalló en tal alegría al verlo que echó a brincar por la calle y por poco besa a su esposo ante toda la aldea. Pero Goodman Brown la miró a la cara con severidad y tristeza, y siguió de largo sin saludarla.

¿Se había quedado dormido Goodman Brown en el bosque y solo había soñado un disparatado sueño de aquellarre?

Sea así, si quieres; pero, ¡ay!, fue un sueño de mal augurio para el joven Goodman Brown. Un hombre severo, triste, sombríamente meditabundo, desconfiado, cuando no desesperado, llegó a ser desde la noche de aquel pavoroso sueño. En día de sabbath, cuando la congregación cantaba un santo salmo, no podía escuchar porque un himno de pecado irrumpía estruendoso en su oído y ahogaba toda la bendita melodía. Cuando el pastor hablaba desde el púlpito con fuerza y ferviente elocuencia, y, con la mano sobre la Biblia abierta, de las sagradas verdades de nuestra religión, y de vidas santas y muertes triunfantes, y de la dicha futura o de la miseria indecible, entonces Goodman Brown palidecía, temiendo que el techo se desplomara con un trueno sobre el cano blasfemo y sus oyentes. A menudo, despertando de súbito a medianoche, rehuía el seno de Fe; y al alba o al anochecer, cuando la familia se arrodillaba a orar, fruncía el ceño y musitaba para sí, clavaba en su mujer una mirada severa y se apartaba. Y cuando hubo vivido largo tiempo, y fue llevado a su tumba convertido en cano cadáver, seguido de Fe, ya anciana, y de hijos y nietos, en buena procesión, además de no pocos vecinos, no esculpieron verso alguno de esperanza en su lápida, pues su hora postrera fue de tinieblas.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB